Cuaderno Cervantino

Número 3 - Julio - Agosto 2025

CONVERSACIÓN ENTRE JORGE MALDONADO Y JOSÉ PÉREZ ADÁN SOBRE ECONOMÍA, SALUD SOCIAL Y COMUNITARISMO

Presentación

La Vicerrectoría de Comunicaciones y Vinculación con el Medio de la Universidad Miguel de Cervantes (UMC), presenta el tercer número del año 2025 de su Cuaderno Cervantino, publicación institucional de carácter virtual y con una periodicidad bimensual que publica ensayos y conferencias que mantienen su vigencia, realizadas en nuestra universidad en años anteriores.

En esta publicación presentamos el texto transcrito de la conferencia inaugural del VII Encuentro Internacional Oswaldo Payá Sardiñas: "Reflexiones sobre la vigencia del Pensamiento Humanista Cristiano", realizado en Santiago de Chile en noviembre de 2020, denominada: "Conversación entre Jorge Maldonado y José Pérez Adán sobre economía, salud social y comunitarismo". José Pérez Adán, Sociólogo comunitaro, es PhD por Macquarie University . Autor prolífico, profesor de Sociología en la Universidad de Valencia. Fundador de la Asociación Iberoamericana de Comunitarismo (AIC), inició el capítulo español de la Sociedad Mundial de Socioeconomía (SASE) y es coordinador general de la Universidad Libre Internacional de las Américas (ULIA).

De este modo, a través de este medio, promovemos estas reflexiones que manifiestan nuestra inspiración humanista y cristiana en la comunidad cervantina, públicos de interés y la sociedad en general.

Rebeca Castro Maldonado
Vicerrectora de Comunicaciones y Vinculación con el Medio (i)
Universidad Miguel de Cervantes

Conversación entre Jorge Maldonado y José Pérez Adán sobre economía, salud social y comunitarismo

José Pérez Adán
Sociólogo comunitaro, es PhD por Macquarie University.

Jorge Maldonado

Don José Pérez Adán es un sociólogo comunitario y un autor prolífico. La obra de José Pérez resulta realmente impresionante y, por supuesto, recomendamos acceder a ella a través de los sistemas en línea que permiten conocer el pensamiento de este gran intelectual.

Tras su reciente jubilación de la docencia —aunque continúa vinculado a ella—, sigue siendo profesor de Sociología en la Universidad de Valencia. Además, es fundador de la Asociación Iberoamericana de Comunitarismo, inició el capítulo español de la Sociedad Mundial de Socioeconomía (SASE) y es coordinador general de la Universidad Libre Internacional de las Américas.

Quiero darle entonces la bienvenida a José Pérez Adán, que hoy nos acompaña. Te agradecemos sinceramente, José, que hayas querido estar presente con nosotros y compartir tus ideas en esta conversación.

Quisiera comenzar tomando como punto de partida esta experiencia humana global que ha sido —y sigue siendo— la pandemia. De algún modo, nos ha recordado la necesidad de entendernos como una comunidad interdependiente, o al menos así debería ser. Mientras no exista una vacuna, lo que nos queda es la solidaridad: esa es nuestra principal defensa frente a esta crisis que enfrentamos como humanidad.

Uno podría pensar que esta solidaridad, que debería surgir naturalmente de una situación compartida por todos, si no se funda en una reflexión valórica profunda, al menos debería apoyarse en el instinto de supervivencia. En este

proceso de pandemia, el autocuidado no basta: necesitamos cuidarnos unos a otros. Esa es la lógica más simple, la que nos impone la realidad.

Sin embargo, también hemos visto señales de un individualismo muy acentuado que se viene arrastrando desde hace mucho tiempo y que parece resumirse en la frase: “yo me salvo solo” o “yo me salvo sola”. Esa experiencia, creo, refleja bien lo que para mucha gente ha significado la pandemia.

De manera muy gráfica, José Pérez Adán aborda esta idea en su texto “7 conceptos clave sobre la sociología actual”, donde señala lo siguiente:“Parece oírse como un gran grito coral, como un gran clamor en ciertas áreas de la vida académica que todavía hoy repite la frase bíblica en boca de Caín: ‘¿Acaso soy yo responsable de mi hermano?’”

Esa expresión alude, de una u otra manera, a la necesidad de asumir conciencia de que somos una comunidad y de que debemos ser responsables no sólo de nosotros mismos, sino también de los demás.
Por eso quisiera preguntarle, José Pérez Adán: ¿en qué consiste, o en qué podría consistir, la posibilidad de instalar un comunitarismo en este siglo XXI bajo la idea de reconocernos como seres humanos interdependientes?

José Pérez Adán

Muchas gracias por la presentación y también por la invitación a participar en este encuentro.

Me sitúo en el ámbito académico, y en relación con la pregunta que planteas diría que, para lograr ese objetivo solidario, no se trata tanto de elegir “ser mejores” o “ser buenos”, sino de profundizar en nuestra racionalidad, en la comprensión que nos debemos a nosotros mismos.

Has mencionado el individualismo, y efectivamente, este es una de las principales lacras de nuestro tiempo. Tanto es así que mucha gente piensa que lo social o lo comunitario es fruto de una elección: algo así como que nacemos individuos y, en algún momento de nuestra existencia, optamos por vivir en comunidad. Pues bien, eso es falso. Es justamente al revés.

Nuestra radicalidad humana se basa en nuestra condición social: somos sociales antes que individuales. Somos hijos, hemos sido pensados antes de nacer, y esa relación de filiación común a todos los humanos confirma nuestra condición social. Radicalmente somos seres sociales. No es el resultado de una decisión personal; es la realidad más básica y constitutiva de nuestra

humanidad.

En la medida en que profundicemos en esa línea, descubriremos que lo social, lo relacional, lo comunitario, no es sólo algo “bueno”: es lo que es. Es la base radical de lo humano.

Lamentablemente, esto no es algo que se suela predicar en la academia. Yo trabajé veinte años en una facultad de economía y, puedo decirlo, fueron veinte años “predicando en el desierto”. Lo que se estila en la llamada ortodoxia económica es el neoliberalismo, que parte de la elección individual e ignora nuestra radicalidad social.

En cambio, lo bueno que nos deja la pandemia —si se me permite decirlo así— es que nos enfrenta con la realidad de nuestra interdependencia. Nos muestra que dependemos unos de otros y que el aislamiento conceptual del individualismo no nos conduce a ninguna parte.

Jorge Maldonado

En su libro Economía y salud social, publicado el año pasado, queda en evidencia el problema del modelo de desarrollo predominante en el mundo. Lo que ocurre, como señalas, es que se ha institucionalizado una forma de vida capitalista o neoliberal que desborda lo económico y convierte prácticamente todo en una suerte de moneda de cambio. Hoy todo parece transarse en el mercado: todo es posible, incluso las personas y, por cierto, las relaciones humanas. Al respecto, por ejemplo, Zygmunt Bauman afirmaba que hasta los vínculos humanos se han mercantilizado en alguna medida.

La cuestión es si resulta posible avanzar hacia un modelo de desarrollo basado en lo que tú llamas salud social y en la búsqueda del bien común o del bienestar colectivo.

José Pérez Adán

Uf… es un tema que daría para un libro completo, pero sin duda es la cuestión dominante de nuestro tiempo.

A menudo me preguntan por la crítica al capitalismo y por sus límites. Algunos dicen: “De acuerdo, el capitalismo tiene defectos, pero si no tenemos nada con qué sustituirlo, ¿qué hacemos?”. Y yo respondo: sí tenemos con qué sustituirlo, pero no fuera, sino dentro de nosotros. La solución pasa por

mirarnos a nosotros mismos, descubrir al “pequeño demonio capitalista” que cada uno lleva dentro y expulsarlo. Ese es el gran cambio radical que espera hoy la humanidad.

El capitalismo es difícil de definir porque existen muchos capitalismos.

En el libro lo resumo en tres aspectos fundamentales:

1. El predominio del capital sobre el trabajo.
2. La lógica del “usar y tirar”.
3. El predominio del crédito sobre el ahorro.

En la medida en que cada persona valore su trabajo, se realice como ser humano a través de él, sirva a los demás con lo que hace y se construya a sí mismo en esa labor, ya estaremos limitando uno de los rasgos esenciales del capitalismo.

En segundo lugar, si logramos poner coto al consumismo que nos rodea —pienso, por ejemplo, en fenómenos como el Black Friday, que empujan al consumo por el consumo mismo— también estaremos debilitando otro de los pilares de ese demonio capitalista interior.

Y, en tercer lugar, si aprendemos a ahorrar, es decir, a construir para los que vienen después y no a vivir a costa de ellos a través del crédito, habremos dado un paso más en esa dirección.

Por eso pienso que la sustitución del paradigma capitalista no tiene que venir de arriba, ni de los gobiernos ni de fuerzas externas. Es algo que podemos implementar cada uno de nosotros con nuestro actuar, con nuestro obrar y con nuestro pensar. Ahí está el verdadero reto.

Jorge Maldonado

A propósito de lo que planteas, recuerdo un artículo publicado en Harvard Business Review en 2011 por Michael Porter y Mark Kramer. Allí afirmaban:

“El sistema capitalista está bajo asedio. En los últimos años, las empresas han sido vistas cada vez más como una causa importante de los problemas sociales, ambientales y económicos. Existe una percepción muy extendida de que las compañías prosperan a costa del resto de la comunidad”.

De esa reflexión surgió el concepto de valor compartido, que causó gran impacto en su momento. Pero la pregunta que me hago —y que te quiero

plantear— es la siguiente: ¿existe realmente una conciencia global del problema humano que enfrentamos, una conciencia suficiente que nos permita avanzar hacia un cambio? Me refiero no sólo a las personas, sino también a las organizaciones, a los Estados e incluso a las entidades multilaterales.

José Pérez Adán

Yo no lo veo así. En mi opinión, lo que nos ha fallado colectivamente no es tanto el modo de hacer política, como suelen decir muchos, sino el modo de hacer universidad. El discurso monocorde y poco plural que impera en la universidad actual nos presenta un mundo que camina en una única dirección, y eso es un error. Necesitamos abrir la mente y considerar más alternativas.

He trabajado más de veinte años en una facultad de economía y algo que me parece interesante —aunque pueda sonar paradójico viniendo de alguien que critica al capitalismo— es que hay que defender el mercado. Sí, hay que defenderlo, porque hay muchas cosas que no deberían estar en él, pero también hay cosas que hoy no están y deberían estar. Y en esto son muy iluminadoras las aportaciones del Papa Francisco.

Su encíclica sobre el medio ambiente no es un texto técnico, pero deja una recomendación clara: introducir en el mercado las externalidades que están fuera y deberían estar dentro, y sacar del mercado los valores y, sobre todo, a las personas.

La academia, a mi juicio, no ha asumido este reto con la valentía y la libertad necesarias. Se suele decir que el fin de la empresa es ganar dinero. Yo pienso lo contrario: el fin de la empresa es producir los mejores bienes y servicios, hacerlos llegar al mayor número de personas posible y sostener su actividad en el tiempo. Si, además, la empresa incorpora las externalidades, podemos, por ejemplo, avanzar en la protección del medio ambiente. Hoy en día, con el automóvil, el costo de la polución no está incluido en el precio del producto: lo pagamos todos a través del Estado. Eso es insostenible.

Lo que proponemos en Economía y salud social es mirar más allá del mercado. Hay que regularlo y cuidarlo, sí, pero también prestar atención a lo que queda fuera: la economía de la gratuidad, del don, de la donación, de los intercambios domésticos. Esa es la economía que más nos importa a cada uno de nosotros y la que sostiene la vida cotidiana.

No debemos caer en los excesos de quienes, como Gary Becker, llegaron a proponer que todo —incluso la familia— debía entrar en la lógica del mercado. Eso sería un disparate. Necesitamos ordenar las cosas: existe una eco-

nomía fuera del mercado que hay que cuidar y, al mismo tiempo, un mercado que también debemos proteger, manteniendo fuera de él aquello que no pertenece y colocando dentro lo que corresponde.

Jorge Maldonado

Ahora permíteme introducir un elemento adicional que, para nosotros en la universidad, ha sido fruto de una reflexión profunda: la dicotomía entre Estado y mercado. Son los dos polos que, de algún modo, encarnan ideológicamente al capitalismo por un lado y al marxismo por el otro, debate que dominó gran parte del siglo XX y cuyos resabios aún persisten.

Al respecto, Gutenberg Martínez, nuestro rector, escribió hace un tiempo un texto titulado Estado, mercado y comunidad, donde formuló una frase muy categórica: “los dos modelos económicos, el centralmente planificado y el de libre mercado, en sus vertientes más puras, han fracasado estrepitosamente”.
Quiero vincular esto con los principios de la Revolución Francesa: libertad e igualdad, que fueron apropiados respectivamente por el capitalismo y el marxismo para defenderlos a ultranza. Sin embargo, quedó fuera un tercer principio: la fraternidad.

Entonces, lo que me pregunto —y lo que te quiero preguntar— es si podemos confiar en la posibilidad de establecer una fraternidad humana que se exprese en ese comunitarismo nuevo y, a la vez, antiguo. ¿Podría convertirse en un paradigma de desarrollo humano al estilo de lo que Adela Cortina denomina ética mínima, es decir, esos principios fundantes que los seres humanos necesitamos para la convivencia y las relaciones entre nosotros?

José Pérez Adán

Ciertamente es un tema muy importante. Yo me considero, en mis inicios, discípulo de Amitai Etzioni, el padre del comunitarismo moderno. La imagen central de su pensamiento es la de una mesa que se sostiene en tres soportes: con dos se derrumba, pero con un tercero se mantiene firme.

Tradicionalmente nos hemos fijado solo en dos soportes —Estado y mercado—, pero falta un tercero: la comunidad. El equilibrio entre Estado, mercado y comunidad constituye la base de la armonía social.
De la comunidad, de las relaciones humanas, se habla muy poco. Como mencionas, el debate se ha centrado en la confrontación entre quienes defienden el Estado y quienes defienden el mercado. Falta la comunidad.

A mi juicio, hace falta que haya un poco más de Estado en el mercado para evitar abusos; y también que el Estado se autolimite para dar mayor vigencia a la sociedad civil. Esto no es sino la aplicación del principio de subsidiariedad: todo aquello que pueda hacer un nivel inferior no debería hacerlo el nivel superior.

Cuando explico subsidiariedad en clase, suelo preguntar a mis estudiantes: ¿cuál sería la máxima subsidiariedad? La anarquía, en el sentido de que no hace falta Estado porque la sociedad civil asume toda la responsabilidad. Ojalá pudiéramos llegar a un nivel de madurez social que permitiera eso. ¿Y la mínima subsidiariedad? El totalitarismo, cuando el Estado se hace cargo de todo y no delega absolutamente nada.

El problema de fondo tiene que ver con el poder. He trabajado este tema en algunas de mis obras y lo cierto es que lo que mueve el mundo, lamentablemente, es la ambición de poder.

Jorge Maldonado

Justamente sobre eso quería preguntarte. En tu libro El sobrepoder escribes una frase que me parece muy sugerente:

“En la crisis de fin de época se agigantan los miedos al límite, pero curiosamente, el anuncio del fin de la naturaleza, del crecimiento, de la seguridad, de la paz, de la estabilidad, del optimismo, etc., no va acompañado de un anuncio del fin del poder”.

Quiero aludir a esta frase porque abre una pregunta gigantesca sobre el futuro de la democracia y el rol de las comunidades en la distribución del poder.

En Chile —y también en muchos otros lugares— hemos visto movilizaciones sociales muy significativas que parecen expresar un deseo de recuperar lo que se llama voluntad popular o soberanía popular. Es como si la ciudadanía dijera: “el sistema político me ha defraudado, no ha respondido a lo que necesito; quiero recuperar mi poder de decisión y entregárselo a quien yo considere, con todos los riesgos que eso implique”.

Claramente, la democracia y la distribución del poder están experimentando transformaciones. ¿Cómo lo ves tú, mirando hacia el siglo XXI?

José Pérez Adán

Yo creo que el poder no es un concepto de suma cero en el sentido habitual, de que si yo tengo más, tú tienes menos. El poder puede compartirse, puede donarse, y en esa medida es infinito.

Algo similar ocurre con la libertad. No es cierto que “mi libertad termine donde empieza la tuya”. Mi libertad termina donde termina mi responsabilidad. Cuanta más responsabilidad asumo, más libre soy, y en esa medida también puedo ejercer más poder.

El problema es que hoy la democracia se ha reducido a la lucha por acumular poder, cuando debería ser lo contrario: un mecanismo para transferir poder desde quienes lo detentan hacia los ciudadanos, para que estos se conviertan en responsables y libres, no en meros votantes que dicen “sí” o “no” cada cuatro años.

Hay que repensar la democracia, repensar la representación. Aquí usamos la palabra empoderamiento. No me gusta demasiado, pero el concepto es válido: se trata de dar poder a la gente, de devolverlo al pueblo. Como decía Lincoln: “un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”.

El reto es enorme. Nunca antes los seres humanos habíamos estado tan sujetos a poderes invisibles: el poder de la tecnología, de los algoritmos que influyen en lo que pensamos y hacemos; el poder de la opinión pública, de la moda, de los medios de comunicación. Todo esto condiciona nuestras decisiones sin que siempre seamos conscientes de ello.
Paradójicamente, nos creemos cada vez más libres, cuando en realidad estamos sometidos a más poderes que nunca. Ese es el gran desafío de la democracia en el siglo XXI: construir espacios de responsabilidad y de libertad que nos permitan mostrar a los poderes establecidos que merecemos algo distinto.

Jorge Maldonado

Ayer conversábamos con Margarita Zavala acerca de los populismos y de cómo estos están impactando en diversas democracias, debilitándolas en cierta medida. Y aquí aparece algo curioso, porque podría pensarse que mientras más poder tiene la comunidad humana —la sociedad, las personas—, esto debería entenderse como algo positivo, como un avance. Sin embargo, cuando políticamente se traduce en fórmulas de populismo, lo que vemos es una distorsión de la democracia legítima. ¿Cómo ves tú este fenómeno?

José Pérez Adán

La aparición del populismo podría considerarse positiva si lograra que las burocracias que detentan el poder en muchos ámbitos se vieran obligadas a una reflexión autocrítica sobre lo que han hecho mal. Lo que no me parece justo es criticar al populismo sin criticar al mismo tiempo a quienes lo han originado. Porque detrás de ello está la corrupción, el distanciamiento del político respecto del pueblo, la escasa participación en los partidos políticos. De modo que la queja no debería dirigirse solo hacia fuera; hay que ser autocríticos: algo hemos hecho mal. Nos hemos alejado del pueblo, entonces pongamos los medios para acercarnos nuevamente a él. Démosle más libertad a la gente, empoderemos a las personas.

Las élites políticas en muchos países dejan bastante que desear, y ahí también nosotros, los académicos, tenemos cierta responsabilidad: buena parte de esas élites se han formado precisamente en el mundo académico.

Jorge Maldonado

Respecto del futuro, ¿ves al comunitarismo instalado, en su expresión más fiel, como un principio ordenador de la convivencia y de las relaciones humanas en lo que resta de este siglo? Pensando también en el desarrollo sostenible, que se nos presenta como una urgencia. ¿O crees más bien que el comunitarismo se está debilitando? ¿Eres optimista o cauto al respecto?

José Pérez Adán

Soy optimista, porque creo que la apuesta por las comunidades es hoy la opción más racional y más realista. Pero también soy pesimista cuando veo que hay cada vez más personas esclavizadas por el poder o por el materialismo. Existe una lucha constante entre lo ideal y lo real, y no creo que podamos resolverla del todo. Lo que sí podemos resolver es la lucha que cada uno libra dentro de sí mismo.

Y ahí entra un tema fundamental: la realización y la felicidad. Está comprobado que la verdadera fuente de felicidad suele ser nuestra relación con los demás, con nuestras comunidades. Hablo siempre en plural, porque no pertenecemos a una sola, sino a muchas comunidades: la familia, la lengua, la religión, la vecindad, los afectos, la generación a la que pertenecemos. Todo ello nos configura como individuos únicos.

En la medida en que nos demos cuenta del valor que tienen esas comunidades en nuestra felicidad y cultivemos menos egoísmo y más solidaridad, el mundo cambiará. Aquí cobra relevancia un discurso que hemos olvidado: el

de las virtudes. Hablamos tanto de valores que hemos dejado de lado la práctica de las virtudes. Y allí hay un campo inmenso que debemos recuperar.

El futuro, nadie lo sabe: no sabemos qué vendrá después del capitalismo ni de la modernidad. Lo que sí sabemos es lo que podemos hacer en nosotros mismos: ser un poco mejores, un poco más virtuosos, estudiar más, comprometernos más. Eso sí contribuirá, sin duda, a la mejora del mundo.

Jorge Maldonado

Muchísimas gracias, José Pérez Adán, por estas reflexiones tan valiosas.

Palabras del editor

En conjunto, la conversación con José Pérez Adán ofrece una mirada crítica y a la vez esperanzadora sobre los dilemas de nuestro tiempo. Frente a la histórica dicotomía entre Estado y mercado, que ha dominado el siglo XX y cuyos excesos aún se proyectan en nuestras sociedades, emerge con fuerza la propuesta comunitarista como un tercer pilar imprescindible para el equilibrio social.

El sociólogo insiste en que la comunidad no es una opción secundaria ni fruto de una elección voluntaria, sino la condición radical de nuestra existencia humana: somos seres sociales antes que individuos. Reconocer este dato fundamental supone una relectura de la democracia, de la distribución del poder y del papel que juegan tanto la sociedad civil como las relaciones cotidianas de filiación, vecindad y pertenencia.

En este marco, el comunitarismo no se plantea como una utopía abstracta, sino como un paradigma realista que interpela directamente al futuro de la política, la economía y la cultura. La crítica al individualismo, a la acumulación del poder y al vaciamiento de la representación política se equilibra con la apuesta por la fraternidad como principio olvidado de la modernidad y con la recuperación de las virtudes como motor ético de la vida social.

En definitiva, lo que está en juego es la posibilidad de construir comunidades más libres, solidarias y responsables, donde la felicidad no se mida solo por el bienestar material, sino por la calidad de las relaciones que nos configuran y sostienen. Así, el comunitarismo aparece como una respuesta necesaria a los desafíos de un mundo fragmentado y, al mismo tiempo, como una invitación a cada persona a ser agente activo de transformación.

Desde la Universidad Miguel de Cervantes, valoramos y agradecemos profundamente estas reflexiones, que no solo iluminan el debate académico, sino que también ofrecen claves concretas para pensar un desarrollo humano sostenible, arraigado en la fraternidad y en la dignidad compartida.

El texto fue transcrito de su audio original y fue editado por Alberto Aguirre, considerando los siguientes criterios: Claridad y coherencia, se eliminaron repeticiones, muletillas que interfieren su lectura. Se organizaron los temas y se les dio una estructura organizada. Por último, se sugirió una nueva redacción ajustando puntuaciones, tiempos verbales y se corrigieron posibles errores de transcripción, además se imprimió un estilo testimonial.

CUADERNO CERVANTINO

No. 3

Periodicidad: bimensual

Equipo Editorial Cuaderno Cervantino
Vicerrectoría Comunicaciones y Vinculación con el Medio
Universidad Miguel de Cervantes

Alberto Aguirre
Paulina Román

Edición, Diseño y Diagramación
Alberto Aguirre Santiago
Dirección de Comunicaciones
Universidad Miguel de Cervantes

Distribución digital

El contenido de este texto es una edición de conversación entre Jorge Maldonado y José Pérez Adán en 2020 y su contenido es de exclusiva responsabilidad de los interlocutores, no representan ni comprometen a la Universidad Miguel de Cervantes o alguna otra institución colaboradora.

Vicerrectoría de Comunicaciones y Vinculación con el Medio